
FACTORES PSICOLOGICOS

RAFAEL GUTIERREZ

La prostitución existe desde tiempos inmemoriales y aunque cada época la haya revestido de diferentes ropajes, siempre ha tenido la característica fundamental de la entrega voluntaria de la mujer, por el afán de lucro.

Dufour en su enciclopédica Historia de la Prostitución dice que ésta se estableció cuando la mujer primitiva a fin de obtener una parte de la caza o de la pesca— una pluma vistosa o alguna concha rara— consiente en entregarse sin afecto ni placer, sólo por alcanzar lo que por codicia o interés desea. Hay pues, una clara distinción con la hembra que se entregaba al más fuerte o al más astuto, buscando protección y seguridad para ella y sus hijos. En este caso todo lo que recibe es en función del impulso de “cortejamiento” y para bien de la procreación.

En la antigüedad, en numerosos pueblos se observó la hoy llamada

“Prostitución Doméstica” a la cual, en un principio faltaba una de las características, puesto que era desinteresada.

Los grupos humanos vivían muy esparcidos por la tierra. Un viaje representaba grandes peligros, por esto casi sólo los hombres viajaban y para ir de un lugar a otro pasaban largos meses y penalidades. De ahí que el viajero era recibido con las mayores atenciones, se le ofrecían las mejores viandas y por aquello de “haz por tu huésped lo que te gustaría que hicieran por tí”, se le brindaba la cama y la mujer. Parece que esta costumbre difundida sobre todo en regiones desérticas, donde viajar era muy duro, fué transformándose poco a poco, pues ya no sólo se pensó en darle descanso al peregrino sino que se deseaba, que fuera un dios disfrazado que al sentirse bien atendido dejara bendiciones para la familia. De esta forma es como vemos

que ya la mujer no se entregaba sólo por el gusto de quedar bien, sino por el beneficio que este acto le pudiera acarrear. El siguiente paso fué muy lógico puesto que de tantos viajeros recibidos en el lecho, de muy pocos se recibía fortuna, se pensó que al menos pagaran en regalos los favores obtenidos y desde entonces la costumbre de “dar posada al peregrino” se transformó en verdadera “Prostitución Hospitalaria”, puesto que ya hubo afán de lucro.

Quinto Curcio, uno de los historiadores Romanos de Babilonia dice: “Los padres permitían que sus hijas se prostituyeran por el dinero de sus huéspedes y los maridos no eran menos indulgentes en este punto, respecto de sus esposas”.

También existió en las religiones paganas la “Prostitución Religiosa” que en un principio tampoco fué verdadera prostitución — puesto que era la ofrenda que se hacía a un dios de lo que era máspreciado por un hombre: su hija o su mujer y como naturalmente el dios no sabía cómo usar de esa ofrenda, la aprovechaban los sacerdotes. Más tarde la costumbre cambió porque ya no hubo suficientes sacerdotes, para que sacrificaran en los altares a tantas mujeres anhelantes de la protección sobrenatural y se recurrió a los extranjeros, siempre bajo la idea de que entre éstos podrían encontrarse algunos dioses viajando de incognito y así tener hijos semidivinos. En Grecia, en ciertas festividades, las mujeres se entregaban a los extranjeros en los jardines aledaños a los templos. Todo pa-

rece indicar que en un principio las mujeres estériles solamente eran las que buscaban ser fecundadas por el auxilio de un dios, pero más tarde hasta mujeres con muchos hijos, se entregaban una vez al año a un extranjero como parte del rito. De esta forma se pasó al uso de que el extranjero demostrase su agradecimiento a la “sacrificada” haciéndole un donativo. Con esto comienza la verdadera prostitución, pues muchas mujeres jóvenes se ganaban sus dotes en los templos de Venus. Según Strabón, estas jóvenes prostitutas no tenían por que avergonzarse de su profesión, antes bien eran más meritorias para los pretendientes pues “no había nadie en el mundo más hábil o entendida en los placeres sexuales, que las mujeres de los templos”.

Los fenicios, grandes navegantes y comerciantes, popularizaron y difundieron por todo el Mediterráneo la costumbre de que las jóvenes se ganaran su dote en los templos. Así fué como llegó la “Prostitución Religiosa” a Roma. Se desconoce en qué época se empezó a ver como algo despreciable la prostitución. Parece que pasaron varios siglos para que se separara el ejercicio de la prostitución, de los templos. Se tiene testimonio de la ley Julia — proclamada por Augusto— en la cual se prohíbe a los senadores y a sus hijos que tomen en matrimonio mujeres que hubieran adquirido su dote por medio de la prostitución. Pero se sabe también que, todavía en los tiempos del Emperador Séptimo Severo, mujeres de condición noble podían adquirir una autorización de los Ediles

para adquirir dinero por medio de la prostitución. Hay que hacer notar que muchas Patricias Romanas, para sustraerse a los castigos contra el adulterio, que eran terribles en Roma, cuando se veían descubiertas, corrían a inscribirse en los registros como meretrices. Por ésto el Senado tuvo que dar una nueva ley persiguiendo a todo aquel que ayudara a la prostitución de una mujer casada, aunque fuera el propio marido.

Con el advenimiento del Cristianismo y su exaltación de la castidad, la prostitución se fué haciendo cada vez más execrable, hasta llegar a las sórdidas e infrahumanas condiciones en que ejercían su comercio las prostitutas de la Edad Media. Sin embargo, se las toleraba como “custodio inmoral de la moralidad pública”. Ya la prostitución no se acepta como dice su etimología (Pro-Statutere- para adquirir estado), es decir, con el fin de llegar a obtener el dinero necesario para alcanzar una dote, que le permitiese casarse de acuerdo con sus ambiciones, sino como dice una definición legal antigua: es el “abandono ilegítimo que hace una mujer de su cuerpo a otra persona para que ésta tenga con ella placeres prohibidos”. Como se vé, aquí ya se le considera aborrecible y hay una condena implícita de la pasión sexual; pero por los documentos de la época esta abominación era más teórica o ideal que práctica, pues en primer lugar las cantidades de prostitutas que deambulaban por las calles de las grandes ciudades, provocando a los posibles clientes, era enorme y en segundo, parece que hasta los filósofos las

consideraban “un mal necesario”. San Agustín decía: “Suprimid las cortesanas y lo trastornaréis todo por el capricho de las pasiones”.

En la actualidad todavía se sigue considerando a la prostituta como a un ser despreciable al que hay que castigar y no se recuerda aquello que hace tanto tiempo dijo Santa Teresa: “¿Quién es más de culpar, la que peca por la paga o el que paga por pecar?”.

Wittiels en su “Estudio psico-social de los Hábitos Sexuales de la Mujer”, cita la anécdota de un detective que presentó en una Corte de una ciudad donde está prohibida la prostitución, a una mujer cogida “in fraganti delictu”, el juez le preguntó: “arrestó Ud, también al hombre?” y el policía con la indignada convicción de quien conoce sus deberes contestó: “por supuesto que no”.

En la Edad Media siempre se relacionaba la prostitución con el pecado y las tentaciones demoníacas, se le consideraba un vicio (del Latín: vicious, Depravación moral).

En la edad moderna mucho se ha hecho hincapié en los factores socio-económicos como causa de la prostitución. Sin negar que las condiciones ambientales, son una motivación fuerte, hay que tomar en cuenta los factores psicológicos predisponentes, sin los cuales el medio ambiente no actuaría.

En investigaciones realizadas en Argentina, Francia, Estados Unidos, etc., se ha encontrado que un gran nú-

mero de prostitutas son “sub-normales” tanto en su madurez emocional como en su inteligencia. Así se explica, por un lado, “que se diviertan jugando sexualmente”, como los niños, cuanto que por su bajo cociente intelectual no sean capaces de ganarse la vida como mujeres adultas. Viven en un mundo de fantasías, casi todas consideran su “vida alegre” como temporaria, aún después de muchos años de ejercer su profesión creen que pueden convertirse cuando lo deseen, en mujeres honradas; no se dan cuenta, por su falta de juicio, de que cada año que pasa, bajan aún más en la escala de valores del mercado sexual y que su incapacidad para adaptarse a la vida normal aumenta, por lo que ya “retiradas”, continúan el juego como proxenetas.

Otro problema que está en relación con la falta de madurez de estas desgraciadas criaturas, es su frigidez sexual. Muy pocas son capaces de encontrar satisfacción con un sólo hombre, por esto muchas “recogidas” regresan a los burdeles pues, o el hombre las deja cuando descubre que sólo son capaces de “aparentar” o ellas se aburren pues le echan la culpa de su insatisfacción al compañero. Este es el mismo caso de las mujeres promiscuas, (de pro-miscere, es decir, mezclar) palabra empleada antiguamente para designar a las mujeres que mantenían relaciones sexuales con individuos de diferentes razas o categorías sociales y que actualmente señala a las mujeres que no se contentan con un solo hombre.

La mujer promiscua puede no ser

una prostituta, pues lo único que busca y generalmente no encuentra, es placer, si acaso hace su modus vivendi de lo que le dan sus amigos, es una “ganancia secundaria”. Estas mujeres, contrario a lo que piensa la gente poco observadora, no son hipersexuadas, pues una mujer altamente sexuada es capaz de satisfacerse con el hombre que tiene y no necesita andar buscando otros. La capacidad de experimentar el orgasmo está en el individuo, es cuestión de madurez física y psicológica, pues nadie puede hacer experimentar a otro lo que este no es capaz de percibir.

En las investigaciones psiquiátricas que se han hecho con las prostitutas llama la atención el alto porcentaje de mujeres homosexuales. Estas, por la misma aversión que sienten hacia el hombre, lo pueden explotar inmisericordemente, fingen una pasión que no sienten, sólo para atraer a los incautos y luego burlarse de ellos.



Se ha querido apartar a los jóvenes de la prostitución asustándolos con los peligros de las enfermedades venereas; en realidad el daño psicológico es mayor, pues los muchachos iniciados en las relaciones sexuales por estas prostitutas: débiles mentales, homosexuales y psicópatas, llegan a creer que esa burda comedia es el amor y más tarde, cuando se encuentran con una mujer normal, esperan que ésta actúe como una comediente y no aprecian los valores de: sinceridad, espontaneidad y franqueza que caracterizan la verdadera relación amorosa.

La experiencia ha probado que la prostitución no se puede terminar por medio de leyes. Desde Licurgo acá, en diversas épocas se ha tratado de legislar y reducir la prostitución civil, alojando a las mujeres en casas o barrios especiales o prohibiéndola y persiguiendo a toda la gente relacionada con este negocio, pero siempre se ha fracasado y la prostitución clandestina ha demostrado ser peor que la pública.

Contrario a lo que muchos creen, en la actualidad hay menos prostitución que en la Edad Media por ejemplo, donde estas mujeres eran hostilizadas por la ley, la religión y la sociedad. Ahora la juventud no necesariamente tiene que recurrir a la prostitución. Es posible que haya libertinaje sexual, pero la prostitución como profesión ha disminuido en los países civilizados y donde la mujer goza de más libertad e igualdad social.

Psicológicamente el hombre actual ya no considera a la mujer como

un objeto de placer y por lo tanto no se satisface sólo con la entrega física. A medida que el hombre ha venido evolucionando se ha identificado cada vez más el placer sexual con el amor. Actualmente ya no son necesarias las Hetairas, ahora la esposa posee la cultura y la gracia que se buscaba en estas mujeres.

En la Grecia de Platón el amor entre los casados no se consideraba como verdadero y si existía se tomaba como pasión, (de Pathos: enfermedad). En la Edad Media se nota claramente la indiferencia por el amor espiritual que sentía el púndonoso caballero quien "por si acaso" ponía el cinturón de castidad a "su señora", pero en cambio le permitía el "romance" con pajes y trovadores, ya que a él lo único que le interesaba era la fidelidad física.

Con la libertad sexual de la mujer, ya el hombre no ve en su esposa únicamente la persona encargada del hogar y de los hijos, sino la compañera natural de sus placeres y alegrías. Las "mujeres alegres" para divertirse, no tienen razón de ser en una sociedad que proclama la igualdad de derechos, de la mujer y el hombre.

Mientras más evolucionado es el individuo más aspira al amor total, con sus manifestaciones psicológicas y físicas. A medida que el placer sexual se identifica con el amor, la prostitución va perdiendo toda razón de existir y se irá extinguiendo.

R. G.